

UNAS PÁGINAS DE LOS CUADERNOS*

José Jiménez Lozano

Por alguna razón electrónica, una de las puertas inteligentes de unos grandes almacenes se abre cuando un grupo de gente se acerca a ella, pero se vuelve a cerrar imprevisiblemente cuando ese grupo ya está encima, de manera que, tras un pequeño momento de sorpresa que tranquiliza enseguida al encargado de la puerta, que está por dentro y hace señas de espera con la mano, éste maniobra en un ingenio y luego abre la puerta manualmente. *Se trata de un fallo técnico*, dice como aclarando el asunto; y, realmente, estas palabras se toman como explicaciones perfectas y exhaustivas. Como si realmente se hubiera descubierto el por qué, pero no es necesario. La evidencia del fallo, adjetivado de *técnico*, explica el fallo.

El médico de Molière también decía, a la madre de la niña que no podía hablar, que era porque tenía *afasia*, que era decir, con un grecismo técnico, que tenía la imposibilidad de hablar, que era la evidencia; pero, entonces, quienes veían la obra molieresca reían, nosotros tomamos el asunto con suma seriedad. Es la gigantesca diferencia.

El fallo en cuestión me trae a la memoria un pequeño paseo con don Ramón Carande, de arriba abajo por un pasillo en uno de cuyos extremos había también una *puerta inteligente* que se abría cada vez que nos acercábamos. Ya resultaba aquello cómico, y don Ramón dijo: *¡Gracias, señora, pero no vamos a salir!* Y es que estos son los inconvenientes de la inteligencia artificial, que tiene una idea fija; y ya el viejo Bertrand Russell nos advirtió, a este respecto, de no confiar demasiado en las inteligencias artificiales, si tenemos en cuenta

* Las páginas que siguen proceden de una serie de cuadernos de entre finales de 2001 a 2004 con las que quedará compuesto el quinto volumen de mis *Notas, Diarios o Cuadernos*, y han sido desgajadas de ellos para ocupar el lugar privilegiado de las páginas de esta revista.

el magro resultado de las inteligencias naturales. Sobre todo de las que tienen sólo una idea, y fija, podríamos añadir por nuestra cuenta.

Pero el asunto es realmente más complejo, si se recuerda a Heidegger y su meditación sobre la vela y el conmutador de la luz del despacho de trabajo. Encender, en efecto, una candela para el trabajo o la lectura en aquél, como encender la lumbre, era algo que hacíamos nosotros, e incluso podíamos hacer mejor o peor; y no era pequeño arte, sin ir más allá, despabilar la candela de vez en cuando para que mantuviese buena luminosidad, e incluso para apagarla sin que hiciera demasiado humo. Pero, al dar el conmutador de la luz o al apagarlo en esa misma estancia, no tenemos que hacer sino un mismo gesto: pulsar un botón; no sólo no encendemos la luz ni la apagamos, porque esto se hace al margen de nuestro gesto que es sólo un impulso, sino que sólo algunas personas que conocen la teoría y la práctica eléctrica saben por qué aparece la luz o se apaga; y una cosa así—dice Heidegger—nos torna secundarios e incluso marginales, respecto a las máquinas; y tanto que incluso un reloj puede encender y apagar sin que nos necesite para nada. Es decir, nos vamos vaciando de hacer y saberes, y del entendimiento mismo de lo que nos rodea, y toma decisiones por nosotros. De hecho, estamos gobernados por las máquinas en una buena parte de nuestra vida tanto de trabajo como de *tiempo libre*, y la ley que nos imponen, porque la máquina tiene sus exigencias sin cumplir las cuales no hará lo que queremos que haga, nos parece libertad. Y, al fin, puede concluir y concluir por hacernos pensar el mundo y a nosotros mismos en meras categorías de sus posibilidades técnicas, no de nuestras determinaciones.

Ésta es toda la cuestión de la tecnología o técnica convertida en metafísica, que es adonde iban Heidegger, o Jacques Ellul, por ejemplo. En absoluto se trata de romanticismos, pseudoaristocratismos, e idilismos que encuentran distinguído abominar de la técnica. Esto es pura necedad, pero la otra cuestión de la tecnología es todo un asunto muy serio en el que nos va nuestra propia humanidad. Y uno diría, desde luego, que la luz de una de las candelas de tantos cuadros de George de la Tour en los que hay una candela nos ofrecen el ámbito y la estancia, la iluminación y el despabile más seguros, para pensar todo esto.

Estos finales de agosto son siempre impredecibles. El antiguo refrán dice que *en agosto frío en el rostro*, y probablemente por mor de la rima asonante; pero no miente. Cuando llega el frío de estas noches agostañas, nos obliga no a ponernos el abrigo, claro está, pero sí a echarnos algo por lo menos sobre los hombros. Y raro es el año en que esto no sucede, o las maravillosas tardes no se estropean con algún viento más que fresco; y es como si el otoño estuviera de inspección para ver cómo se acomodará en las próximas semanas, aunque, antes, todavía agosto y aun setiembre pueden prolongar el estío muy ardorosamente.

La luz, de todas maneras, sigue siendo *luz de agosto*, y el calor el de *un sol de justicia*, como se dice en esta tierra, y se quiere decir, con ello, que es algo terrible. No ha tenido la justicia por estos lares una significación de tranquila armonía y equidad, de dar a cada uno lo suyo, sino de compensar y recomponer lo descompensado, desordenado, y descompuesto, y de cómo si esto no pudiera hacerse sino de una manera terrible.

Pero, de ordinario, estos días de agosto son más dulces, y ya casi tienen esa calma verdaderamente augusta de las tardes de setiembre, que transcurren lentas como una carreta de heno arrastrada por bueyes. No hay nada más majestuoso en el mundo. El boyero que la conduce, yendo delante de los animales, instruyéndolos con su ijada, es la imagen misma del conductor de una *república*, mucho más que el auriga del que nos habla Sócrates. Y quien va como en un triclinio dorado en lo alto del heno es como un César. Aunque la apacibilidad misma de la tarde se acuerda más con imágenes menos épicas, si bien igualmente solemnes. Pongamos por caso, la de la hermosísima carreta, también tirada por bueyes, preciosamente pintada y adornada con rosas, que llevó a la iglesia a la novia en la boda de Dante, y fue la admiración de las gentes.

Los rastrojos, como aún no ha llovido, todavía están dorados, y el sol, ya bajo, los enciende. Es decir, los tiñe de un color de oro viejo sin bruñir, luego de un rojo de hoguera que se está extinguiendo, y, al final ya, como una pura alfombra de rosa pálido en la que la noche va a poner el pie enseguida.

Las esquilas de un hato de ovejas se oyen desde lejos, a la vez que el ladrido de los perros. Pero nada de frío, da pereza volver a entrar dentro de casa.

T. me muestra un artículo de crítica o reseña que, más bien que una sentencia, es una ejecución. Y tal parece ser la intención de quien la escribe. Sabe Dios qué arreglo de cuentas se realiza en esta escritura, porque reseña no es, ni crítica tampoco. Ni, desde luego, reluce aquí demasiada inteligencia, para decirlo muy suavemente. No conozco el libro, pero por lo menos habrá que echarle un vistazo. No sería la primera vez que una nota de esta clase nos descubre algo muy bueno.

Mucha razón tenía don Juan Valera cuando, acusado de ser un crítico demasiado benévolo, contestaba que un libro tiene siglos por delante para ser malo o bueno, y no veía razón para dar un disgusto a su autor. Y, sobre todo, creo yo, no hay ninguna necesidad de adelantarse a todos esos siglos con demasiadas contundencias. Y, sin ir más allá, no nos interesa, ahora, saber ni siquiera los nombres de los críticos que hicieron llorar a las Brontë, y ¡cuidado que fueron contundentemente liquidadas!

Nunca se me ocurrió pensar que los versos del *Don Juan* de Lord Byron

que se refieren a Keats, *Jonh Keats que murió de una crítica / precisamente cuando prometía ser algo en verdad grande / si no muy comprensible* etc., fueran otra cosa que pura malevolencia literaria de su autor, ya que parece que quienes escriben o pintan han de odiarse y negarse entre sí. Y todo ello para ser, cada uno de ellos, únicos salvados y justificados, por la aniquilación de los demás. Es algo muy desconcertante. ¿Se trata de deformación y patología psicológica profesionales, o simplemente de una manifestación más de la cuota de estupidez correspondiente a la mera pertenencia a la especie humana? No es tan fácil decidir el asunto.

Pero el caso es que, en este caso de *Byron versus Keats*, no se trató solamente de palabras de lengua de víbora, sino que, efectivamente, los amigos de Keats creyeron muy en serio que una determinada crítica había afectado tanto a Keats como para llevarle a la tumba, y que eso mismo creía Lord Byron, tal y como dice en esos versos de *Don Juan*: *¡Pobre diablo! Fue un aciago destino. / Fue un aciago destino / que la mente, esa en verdad orgullosa partícula / se dejara extinguir por un artículo*. Y luego presume en una carta que a él, a Lord Byron, también se le quiso aniquilar, pero se rehizo con tres botellas de clarete, y contestó a su atacante. ¡Qué maravilla!

Keats murió materialmente del mal de sus pulmones, desde luego, creyeron lo que creyeron sus amigos y Lord Byron mismo; y le afectase lo que le afectase a Keats la crítica en cuestión. Y cierto es que resulta difícil poner en relación causal o cooperante un proceso patológico pulmonar y unos sentimientos de desolación; pero la verdad existencial, desde luego, es que esos críticos tan contundentes e imperiales y el propio Lord Byron sí que mataron simbólicamente. Y, en el caso de este último al menos, con una completa *sans façon*. Se siente un cierto escalofrío.

Por cierto que Angelus Silesius tiene dos líneas admirables sobre esa dolencia o patología profesional de los escritores a la que acabo de aludir. Dice: *Yo sé que el ruiseñor no encuentra nada que criticar en el canto del cuco; / Pero tú, si yo no canto como tú, te burlas*.

Y Kierkegaard diría, respecto a la jerarquía en el mundo del espíritu, que no hay ni alto ni bajo, sino situaciones como las de los pájaros que unas veces vuelan alto y otras bajo, incesantemente. Y lo más seguro es las autoridades y jerarquías reales o *de naturaleza*, y no *postizas* o *convenidas*, que decía Pascal, sean tan movedizas como el vuelo de los pájaros. Quizás sólo por eso siguen vivas y no están fosilizadas.

Hoy me preguntan si *mi teoría literaria* está en mi cuentecillo de *Los Episodios Nacionales*, como ha debido de escribir alguien, y también lo pien-

sa quien me pregunta. Pero ¿qué puedo contestar? Sólo que no lo sé, pero que a lo mejor es así. No me he puesto a pensar nunca en una teoría literaria, ni creo que deba ponerme a ello, porque, entre otras razones, no sabría cómo hacerlo. Estos asuntos no son de mi incumbencia simplemente.

Recuerdo que una vez, en una intervención en un congreso sobre San Juan de la Cruz, dije que su estética es *una estética del desdén*, y, en resumidas cuentas y en más de un sentido, la misma estética que la de Bernardo de Claraval acerca de que la forma debía ser la mínima imprescindible para que aquello de lo que es forma tuviera ser; pero esto no es una teoría, sino simplemente una visión de las cosas, una cierta idea de la verdad artística.

Pero es que en *Los Episodios Nacionales* ni siquiera hay enunciación alguna de que el narrador de ese cuento tenga una cierta mirada ni ontológica ni estética; sino que, como quien está haciendo un cesto, cuenta cómo lo hace. No explica la técnica, sino que enuncia su actitud interior de estar haciendo un cesto para la ropa blanca, para transportar fruta, para que duerma un gato, o para que sea bonito. Para el artesano, esta conciencia de finalidad no es la misma que la de cuando hace cestos por hacer cestos sin más; en este caso, sólo tiene que cuidar de que estén bien hechos como contenedores de lo que sea, y nada más.

En *Los Episodios Nacionales*, se cuentan cavilaciones y aprensiones de cuando se está contando, o cómo se arregla uno para plegar las mimbres, así o así, para contar lo que se trata de contar. Y esto es lo que se me alcanza acerca de lo que creo que se quiere decir cuando se habla de mi estética, y yo ni entro ni salgo, ni tengo competencia alguna para entrar ni salir en una cosa así, pero me parece que ese cuentecillo no es una teoría. Se parece mucho más que a otra cosa a lo que antaño se quería significar cuando se decía que *cada maestrillo tiene su librillo*; pero *un librillo*, no es una teoría pedagógica. No lo quieran los Cielos. Y el *maestrillo*, desde luego, no sabía de dónde se había sacado la gente que tenía un *librillo*. ¡Ah, ya quisiera él tener un *librillo* ciertos días y ante ciertos casos! Y esto es lo que ocurre a quien escribe, porque, como dice Marcel Cohen: *Kyeres ke te diga? Los eskrividores no tienen nada ke decir. La sola coza es ke lo kieren dizir byen. Esto es el sekreto suyos: avlar para amosstrar kualmente siempre stán bivos, esto es lo ke kieren.*

No hay más teorías tampoco para mí, y esto es lo que les dije el otro día a unos amigos, en un congresillo, en Pamplona. Los que estudian a los escritores, o escritores como M. Cohen y yo, son otros señores, y se rigen por otros estatutos, y hacen también bien.

C., que es hombre de ciencia en ejercicio, lee el prospecto o novelita que hoy traen todos los productos por imperativo legal, y quizás para la promoción

de la lectura y de la literatura, y lee allí, en un envase de leche que hay sobre la barra de la cafetería, que aquella leche no tiene grasas, ni azúcares, ni colesterol, ni casi ningún etc. ¡*O sea que no es leche!*, digo yo. Pero mi amigo objeta: *Digamos que es leche derridiana y deconstruida*. Y tiene toda la razón.

Hay tal confusión de géneros y de especies que una teoría filosófico-literaria puede corroborarse, como en laboratorio e *in re*, en un vaso de leche; el lenguaje, hasta el de la poesía, puede deconstruirse científicamente, y una exposición de componentes químicos ser poesía, si lo dice alguien con autoridad. Así va el mundo, y por nosotros bien está.

Pero no era que fuéramos a tomar leche, sino nuestro café de siempre, para dormir mejor. C. es alondra y yo búho, por lo que se refiere a las horas de trabajo o de lectura, pero el café —un café sin deconstruir, por supuesto— nos va muy bien en ambas encarnaciones.

De vez en cuando, alguien me pregunta por qué escribo *la* para el dativo femenino, y en las pruebas de imprenta de las editoriales que no me conocen me lo corrigen. Y, a veces, dejo la corrección, otras veces no. Depende de los días. Y sé de un informe técnico, en editorial foránea, en el que se desaconsejaba la traducción de un libro mío porque el español era muy malo, y se ponía el dichoso *la* como ejemplo de dicha perversidad.

No, no me atengo a ninguna voluntad de singularidad, puesto que hay miles de gentes que usan tan incorrectamente como yo ese dativo, del mismo modo y manera en que también nuestros clásicos lo hicieron, aunque parece que si sus libros se imprimían en Valencia o Barcelona, los corregían los editores, y ponían *le*. O indiferentemente *le* o *la*. Y todo esto, según he leído, hasta que a fines del XIX la Academia decidió que a ella *la ha parecido* que debía escribirse *le*, pese a que *escritores de nota* habían escrito *la*. Pero tampoco entro ni salgo en esta cuestión, y no tengo ningún inconveniente en poner *le* en un ensayo para sujetarme a norma; pero en una narración traicionaría la cantilenación del lenguaje no *ahí-a-la-mano*, o no meramente comunicativo e instrumental, sino carnal y que nombra, si escribiera *le*. El lenguaje literario no tiene por qué ser correcto, es un *lenguaje de disciplina* como se decía en el XVI del lenguaje místico y del pueblo, o como la que la Gramática de Port-Royal llama *ortografía de las mujeres*, y Molière *lenguaje verdadero* al lenguaje de éstas, concretamente al de Mère Angélique Arnauld, precisamente porque no era correcto y conforme a norma.

Aparte todo esto, que ni siquiera evoco como argumentos, escribo *la*, digamos que *porque el Pisuerga pasa por Valladolid*, como me decía don Fernando Lázaro Carreter, aunque yo soy de junto al Adaja; pero, por eso mismo, porque los dos ríos dan al Duero, del territorio del *la* dativo femenino

igualmente. Y, en determinado momento, en fin, me defendí argumentando, un poco o un mucho provocadoramente, diciendo que era feminista, y tuve un éxito total. Quien se me había quejado del *le* quedó el pobre hombre totalmente desasistido, y, al final, tuve que pedirle excusas por mi maldad; sentí que fuera hombre de tan escaso sentido de la ironía como quienes habían aplaudido. La gramática tiene estas cosas.

Es extraño que... cada vez que decido dar un paso en firme, la tierra desaparece bajo mis pies, decía Von Kleist a su hermana María, en una carta. Pero lo que pasa a un genio nos ocurre, a veces también, a cualquiera de nosotros; y así, también, cuando tenemos el ánimo reseca, agrietada, y devastada; y el horizonte se nos cierra como se cierra un ataúd, nos sentimos en una noche y en un pozo, exactamente como los místicos dicen de ellos mismos. Sólo que, si estos señores o señoras son poetas, lo dicen hermosa y lacerantemente, como dicen que han visto un pájaro solitario en el tejado, con el pico al aire, que es cosa que también vemos millones de personas cada día. Y con esto quiero decir que no sólo a Von Kleist, sino también a nosotros nos pasa que, cuando queremos dar un paso en firme, la tierra desaparece bajo nuestros pies, y por eso no le damos. Llegamos a la conclusión de que es mejor ir andando despacito y sin pensar en ello, que a algún lugar nos llevará el camino; y, si no nos lleva, ¡pues qué lo vamos a hacer!

Pero nada de grandes determinaciones; y mucho menos en literatura. Thomas S. Eliot tenía toda la razón del mundo cuando le dijo, a G. Séferis, que cada vez nos es más difícil hacer poesía, porque nos percatamos de que estamos haciendo poesía, y entonces, diría por mi parte, adoptamos la actitud mental y existencial de los concejales cuando ordenan plantar un árbol, que enseguida se transparenta en el árbol mismo, y nos percatamos de que ése árbol no es un árbol, sino un adorno municipal. Un poema también tiene que haber nacido porque sí. Lo primero que tiene que hacer un poema —decía Robert Frost, con toda la razón del mundo, y creo que su afirmación es válida para cualquiera otra escritura literaria— es existir. Es decir, tiene que estar ahí no por otras razones que porque está ahí, y entonces nos tropezamos con él. No que sea un algo consensuado y que venga en las guías de monumentos. Pero tampoco es ésta una teoría. Son aprensiones, simplemente, para encontrar tierra bajo los pies, y que no nos pase lo que a Von Kleist, y a cada uno de nosotros, cuando pensamos en grandes determinaciones. Así sean éstas las de escribir un poema o un cuento, porque entonces el suelo de éstos desaparece inmediatamente, y hay que inventarle. Mala cosa. En suelos inventados no suele arraigar nada.

Siempre le preguntan a uno: *¿Qué se trae ahora entre manos?* Y entonces se responde al pie de la letra, diciendo lo que se trae uno entre manos del modo más externo, porque no hay por qué andar pregonando, ni se deben pregonar los adentros de uno mismo. Y, a veces, ni hasta pueden mentarse. Y a este respecto me acuerdo siempre de la preciosísima carta de Nicolás Poussin a Nicolás Stella, desde Roma en 1546. Dice: *Ya no tengo suficiente alegría ni salud, para comprometerme en temas tristes. La crucifixión me ha puesto mal, me ha apenado muchísimo, pero el Cristo con la cruz a costas acabaría de matarme. No podría resistir los pensamientos aflictivos y serios que deben colmar el espíritu y el corazón para llevar a bien unos temas así, tan tristes y lúgubres ya de por sí. Dispensadme de hacerlo. Os lo ruego.*

Lo que se plantea Poussin, es claro, no es ningún asunto teológico y religioso, sino un problema de autor que mide sus fuerzas naturales para pintar honradamente ciertas cosas. Exactamente como don Pío Baroja perdió todo su valor de narrador, que tan minuciosamente había contado las luchas civiles españolas del siglo XIX, para seguir haciéndolo, teniendo que desposar el horror de la guerra civil española y las otras barbaries del XX. Y ¿a cuento de qué contar estas luchas o estos desfallecimientos o imposibilidades interiores al primero que pregunta? ¿Qué sentido tiene, además, aludir a todo eso, si nadie puede ayudarnos? ¡Hay tantas cosas que se quedarán sin escribir porque no se tienen fuerzas para hacerlo! Menos mal que, enseguida, se piensa que, de todos modos, lo que queda de la civilización occidental —aunque al paso que vamos parece que no va a ser mucho— puede tirar muy bien sin esas escrituras, y ya se tranquiliza uno.

Mucho peor que esa comprobación de falta de fuerzas para pintar o escribir lo que uno pintaría y escribiría si las tuviese, es recordar lo que dice Angelus Silesius, u oírlo en boca de uno y de todos los personajes de una narración. Porque dice Silesius, poniéndolo en boca de cualquier ser humano, que *el mundo es muy estrecho para mí, y el cielo muy pequeño. / ¿Adónde hay un lugar para mi alma?*

Y entonces el escritor que va a contar su historia se encuentra desvalido del todo, ridículo incluso. ¿Adónde va él por ahí con sus cajitas de muñecas? Pero Joseph Cornell sí iba con sus cajitas, constricciones y coseros; y esto anima mucho.

Ayer, en el coloquio de una charleta, alguien preguntó por la famosa basura televisiva y de publicaciones en general, así como de la simpatía que pare-

cían mostrar a todo esto algunos hombres de letras, mientras la mayoría de las gentes lo rechazaba. Pero yo no estoy tan seguro.

No creo, en efecto, que podamos dudar un solo momento de que el espectáculo de los hornos de Auchwitz o de la muerte por hambre de seis millones de campesinos allá abajo, en la URSS leninista y estalinista serían, con toda seguridad, programas-estrella de televisión, como ocurre con los que se hacen con la mayor desvergüenza sobre África; pero apenas dudo de que en una civilización en la que todo esto ocurre es ya como un tren que ha cambiado alegremente de agujas, y corre a estrellarse.

Preguntas sobre la famosa libertad de la prensa. Fuera de unas cuantas cuestiones jurídico-políticas, el asunto se resume en que el periodista sea un hombre libre. Cada uno de nosotros será lo que quiera ser; y si quiere ser libre, tendrá que pagar un precio que puede ser muy alto, como siempre ha sucedido; porque el problema que se plantea es también el de siempre, la cuestión de la defensa de los seis pies de nuestros adentros y del ápice de nuestra ánima, donde no debe mandar *ni chancelier ni personne*, que decía el viejo Saint-Cyran; o, por el contrario, el de claudicar y acomodarse, y lamer las botas a un tirano *que demanda*. Cada uno es cada uno, y él decide si lee el remite de una carta que no es para él, o mira por el ojo de una cerradura, o cuenta una historia de irrisión o ignominia para un ser humano, en vez de cubrirla con el manto de la piedad. Y un periodista sabe como nadie, además, que no hay nada que demande un público como *novedades*, de casquería y desechos de hombre; y también sabe que, sin embargo, ya nunca se alimentará sólo de eso, sino que luego exigirá carne y almas, y al final no se sabe. Los límites de esta voracidad y este descenso no parecen existir, y, si se comienza el juego, nunca podrá volverse atrás. Sólo es preciso pensar un momento en el fenómeno del surrealismo y otros ismos, magnificadores de libertades hasta permitirse reordenar el mundo, o fragmentarlo y volver a inventarlo con extraordinaria fantasía, poniendo a la vez en solfa todo lo humano, riéndose del amor gratuito y maravillándose ante la instintividad animal.

Parecía cosa inocente y divertida, pero Karl Löwith o Peter Gay han mostrado y subrayado que no lo era, desde luego; como no lo es ni siquiera el lenguaje con que se da cuenta de un *match* de fútbol. Detrás de tanta diversión, vino algo terrible que aprendió la lección en ella, y se puso a practicar esas fantasías *sobre-realistas* en la realidad, y a banalizar todo, incluido el mal; y mostró que, si se trataba de fabricar basura o divertimentos, lo sabía hacer mucho mejor. Muchos hombres de ciencias, letras y prensa, se subieron al carro de este gran descubrimiento científico o estético de fabricación de subhombres; lo proclamaron, e hicieron una gran cosecha de éxitos. Entre ellos, el de inte-

grar a la muerte como factor de progreso, de la que ya hablaban los darwinistas germanos de fin de siglo.

Otros vieron perfectamente el Leviathán que se estaba empollando con aquellas irresponsabilidades y divertimentos, y avisaron, y bastantes de ellos lo pagaron con su vida, y desde luego, con su carrera. Es decir, fueron hasta el límite de su libertad. No aceptaron ni el espíritu del tiempo, *Zeitgeist*, ni el espíritu del pueblo, *Volkgeist*, que siempre demandan sin límites, y fueron hasta el límite de su libertad de decir *NO*. Siempre es lo mismo, y siempre es tan sencillito, y siempre está cuando llega, necesitado de tanto valor.

Una fuerte helada.

HELADA

Tan fiera helada. Ni los pájaros
pudieron trazar sus filigranas,
ni en arena ni en nieve, su escritura
de alegría matutina. Pero
entonaron sus antífonas, no obstante.